

Se venden puntillas, jabones, peines, botones.

Tierra blanca de los caleros de Torreorgaz.

Queso de cabra. Los vendían los de los Cuatro Lugares.

Sardinillas o sardinetas frescas. Suero caliente.

(De oveja, es decir, producto de la elaboración del queso de oveja).

Asperón, al fino asperón para la limpieza.

También había vendedores que pregonaban **Piporros y loza fina**. En su mayoría, eran de Arroyo de la Luz, villa cacereña de alfareros y de la Baja Extremadura.

El que arreglaba los objetos de cocina, principalmente sartenes, tocaba con maestría.

El madroñero pregonaba los frutos de la madroña de sabor parecido a la fresa, pero más fuerte.

Higos chumbos.

En la Muy Noble, Muy Leal y Muy Benéfica Ciudad de Plasencia, en su tradicional Mercado de los Martes —que data del medievo— se escuchaban estos pregones:

¡Pimientos y tomates! ¡A las ricas cerezas!

¡Fresas muy finas! ¡Fresas!

(El pueblo de Casas del Monte es la capitalidad cacereña de las deliciosas fresas).

Todas las personas citadas en este ensayo ejercían la profesión en plena calle. Tenían el

taller en la vía pública, que para ellos constituía un inmenso taller.

Los productos los vendían los propios trabajadores, tal y como los recogían, sin intermediarios de ningún género. Los ofrecían voceando por las calles. También es verdad que no existían los actuales supermercados.

La mayoría de los pregones los decían los vendedores cantando. Es lógico, porque, al fin y al cabo, vendían una mercancía. De la misma forma que podían cantar los romances. Era la vulgarización de los cantares. Se transmitían cantando con sus fuerzas.

He aquí —en esta síntesis de etnología cacereña— los pregones callejeros que han llenado y alegrado la capitalidad de la Alta Extremadura y de no pocos de sus pueblos, discurriendo los protagonistas por sus históricas calles.

Consideramos obligados a hacer una observación. Antes, todo se arreglaba. No olvidemos que ahora las profesiones artesanas han venido a menos... Hoy, con esta sociedad de consumo que ahora impera, todo se lo lleva el viento y las costumbres van desapareciendo vertiginosamente. Signo de los tiempos que vivimos. Estampa pintoresca, típica, pero definitivamente ida la que evocamos.

Hemos recordado una vida de paz y tranquilidad.

TODO SE VUELVE OFRENDA

Del Libro «Cancionero de Liébana»

Está Tu amor en comunión conmigo,
está el alba transida de emociones
y está la voluntad dorando sonos
para ser de Tu gloria fiel testigo.

El aire suave, en dialogar amigo,
cuenta al río sus múltiples razones
mientras la tierra atropa desazones
y fecunda en espigas de alto trigo.

Todo se vuelve ofrenda, puro gozo;
los árboles, la Torre, el campo, el pozo,
el puente, sobre el Deva, la cajiga...

el duro caminar del peregrino,
los almendros, la vid, hasta el espino
bajo un sol que calienta sin fatiga.

Matilde CAMUS